



La espiritualidad del sembrador de la Palabra¹

Fr. Brian J. Pierce, O.P.

Ser predicador no es solamente preparar predicaciones. Es también una invitación a una manera de vivir nuestra vida cristiana, un camino de espiritualidad.

Aquí trataremos de dar algunas ideas de cómo un predicador puede estructurar su vida espiritual alrededor de la Palabra de Dios.

¿Cómo hacer de nuestras vidas un encuentro continuo con el Verbo-hecho-carne? ¿Cómo hacer para que el proceso de preparación de una homilía sea, también, un camino hacia Dios?

Si predicar fuera simplemente un trabajo o una obligación más que cumplir, como fregar el suelo o trabajar en una fábrica, estaríamos mal. Sin la mística la fe se hace oficio y pierde su sabor. Se trata de encontrar la mística espiritual de la predicación, para que la gracia de Dios llegue, no solamente a aquellos a quienes debemos predicar, sino también a nosotros mismos, los predicadores.

Los 12 pasos del predicador

- 1) El predicador y la comunidad están siempre en un proceso de preparación espiritual. No podemos entender “preparación” solamente como el trabajo que se hace para crear una predicación. Hay que “trabajar la tierra” continuamente, para que la semilla de la Palabra caiga en tierra fértil. Esto significa vivir una vida comunitaria, servir a los demás, promover la reconciliación y celebrar la fe a través de la oración personal y litúrgica.
- 2) Escuchar y meditar la Palabra de Dios todos los días, especialmente cuando estamos preparando una prédica. Es bueno, a veces, leer la Palabra en voz alta para escucharla como “algo nuevo”. Queremos que la semilla de la Palabra llegue a bendecir la tierra de nuestras vidas.
- 3) Nosotros sembramos la semilla, pero Dios es el que la fecunda con el rocío del Espíritu. Las lluvias nos recuerdan que la germinación de la Palabra en nosotros es obra de Dios. Tenemos que abandonarnos a los movimientos y al tiempo de Dios, aprendiendo a abrirnos a lo nuevo, lo inesperado, lo que viene de la gratuidad del Creador.
- 4) Ser predicador es saber vivir a diario con la Palabra. Ella se hace compañera, amiga nuestra de todos los días. Como cualquier amistad o relación, nuestro “amor por la Palabra” tomará su tiempo. Tenemos que saber esperar, como cuando uno espera que el maíz crezca y llegue a su punto. Hay que aprender a confiar en la Biblia, hacerle preguntas cuando no entendemos algo, reírnos con ella y llorar con ella. Podríamos llevar un pequeño Nuevo Testamento o una copia del Evangelio del domingo, con nosotros, todos los días para que juntos crezcamos.
- 5) La maduración de la siembra simboliza cómo la Palabra de Dios se va haciendo más madura, más profunda en nosotros. Esto ocurre cuando tomamos en serio el estudio de la Biblia, cuando dedicamos tiempo a formarnos en sus riquezas. Hablar con otras personas sobre la Biblia, apuntar en un cuaderno ideas que van surgiendo de nuestro estudio bíblico, leer folletos y libros sobre los Evangelios y otros libros bíblicos, asistir a cursos de formación y retiros espirituales son maneras de profundizar nuestro entendimiento de la Palabra de Dios.
- 6) Nuestro “vivir con la Palabra” tiene que llevarnos a algo concreto. Igual que en la preparación de una predicación, tenemos que llegar a un tema central, así con la vida espiritual también. Es importante aterrizar, concretar nuestra espiritualidad. ¿Qué vida voy a vivir? ¿Cómo la voy a vivir? Hay personas que pasan toda la vida buscando y nunca encuentran algo concreto a qué comprometerse. Son como los predicadores que hablan mucho sin decir nada. Este es el paso de recoger el maíz, recoger lo esencial y dejar lo demás. ¿Qué es lo esencial para esta homilía? ¿Y para mi vida?
- 7) Después de concretar el tema central en el proceso de preparación de una predicación, es bueno hacer una lluvia de posibles ideas, de cosas que podrían formar parte del cuerpo de la prédica. ¿Qué ejemplos nos vienen a la mente? Alguna historia o experiencia personal que ayudaría a alumbrar el

tema central. Así es lo que ocurre con la vida espiritual. ¿Qué necesitamos para vivir nuestro compromiso cristiano? ¿Quién nos puede ayudar a vivirlo bien y con alegría?

- 8) Cuando preparamos una predicación, tenemos que “cocinar” todas las ideas e ir aclarando exactamente lo que queremos decir. Este paso es difícil, porque nos cuesta pasar por el fuego de la purificación. Pero una predicación complicada y llena de ideas innecesarias no prepara el camino del Señor. Lo mismo ocurre con nosotros. El fuego de la purificación no nos gusta, pero es necesario. La oración, el ayuno, el entregarnos a los más necesitados: todo esto nos purifica y crea un espacio en el corazón para que la Palabra de Dios entre y nos transforme.
- 9) La vida es como la masa para hacer pan. Hay que amasarla, trabajarla, para que se haga más suave a través de la práctica. Si uno quiere ser guitarrista pero nunca agarra la guitarra, nunca se arriesga a aprender; pues Dios no le puede ayudar. Lo mismo pasa con un predicador. La vida se vive viviéndola. ¿Queremos ser buenos cristianos, buenos predicadores? ¡Tenemos que arriesgarnos! Tenemos que practicar la vida, descubrir la vida, gozar la vida, y cuando ya lo hayamos hecho todo, sólo faltará una cosa: dar la vida.
- 10) Llega el momento cuando uno tiene que tomar la masa con las manos y hacer el pan. Ya termina todo lo que es la preparación. Una prédica que nunca pasa de la mente a las manos, es decir, a la vida práctica, solo queda en ideas bonitas. Así ocurre con nuestras vidas como discípulos de Jesús. Hay que meter las manos en la masa de la vida y descubrir a Dios en la acción.
- 11) Para hornear el pan hay que dejar por un momento de tener el control sobre esta masa. Ahora el fuego hace su trabajo. Hay momentos en nuestras vidas en que tenemos que dejar de controlar y permitir que el Espíritu Santo nos guíe. El predicador que no sabe entregar su predicación y su vida al Espíritu no logra dar de comer al pueblo. El Espíritu convierte la masa de nuestras palabras en el pan de la Palabra de Dios.
- 12) Después de todo este proceso es importante predicar la homilía con gozo, compartir el PAN DE DIOS con el pueblo. Todos nuestros esfuerzos por crecer espiritualmente, por preparar bien la predicación culminan en este momento. Dar de comer a los demás, aún cuando somos pobres, es una experiencia eucarística. “Tomad y comed”. Ver al pueblo que está gozando de nuestro pan sencillo, de nuestra predicación sencilla, nos da esperanza para seguir dando. Predicar es dar gracias a Dios por su Palabra y por el pan de vida.

